

He preguntado a mi turno a muchísimas personas si han tenido el ensueño de la desnudez. Las respuestas han sido negativas.

Hay dos vestidos: el de tela, que nos aconsejan la higiene y la estética: una blusa, unos calzones holgados y unas sandalias, y que nos libra de grandes incomodidades cuando estamos a la intemperie o en compañía de otras personas; y el vestido invisible llamado «urbanidad», que no es hipocresía, que hace más agradable la vida en sociedad y que se reduce en resumen a dos cosas: no decir sino lo que se siente, pero sin decir todo lo que se siente, y tratar a los demás como se querría ser tratado en iguales circunstancias. ¿A quién le quitan el sueño estas ropas?

Más que curioso es finalmente, el trozo que sigue:

«Las personas tímidas y virtuosas que se alarman y desasosiegan a causa de sus muchos sueños pecaminosos, sobre todo los relativos a relaciones sexuales, hallarán consuelo en el fervor con que el buen Padre San Agustín daba gracias a su Creador por no hacerlo responsable de lo que hacía en sus sueños. Todo ser humano es heredero de ciertas pasiones e impulsos que es preciso dominar o contener, so pena de acabar con el organismo social. Estas pasiones y tendencias, que la mente consciente mantiene a raya en las horas de vigilia, reapar-